

Cartas cuiabanas

Pablo Santamaría Alzate



Santiago Vélez. *Aquí no se moja nadie*. Video Instalación: Proyección de video, molas y plasmas. Medidas variables. 2015

Estimado lector, quiero compartirle una selección de cartas personales que contienen crónicas viajeras e impresiones de inmersiones etnográficas sucedidas durante casi dos años de estar deambulando por la región centro-oeste del Brasil, adonde me fui desde febrero de 2016 con propósitos académicos y de donde volví en diciembre de 2017. Estas cartas, si bien las orienté para los más queridos, para este número en particular recopiló aquellas escritas para mi amigo y colega Juan Carlos Orrego Arismendi, a quien me unen, entre otros intereses académicos, el gusto por la literatura de viaje y los interrogantes por las formas narrativas con las que se escribe la antropología.

Sólo por haber enviado desde la capital del estado de Mato Grosso las cartas a las cuales me refiero, las he tenido por llamar “cartas cuiabanas”. Aquí, pues, una muestra de aquellas líneas.

Noviembre 1 de 2016

Viajar, además de implicar una experiencia con el espacio, en la distancia, también implica una relación con el tiempo, en la añoranza. Es en esa deslocalización donde el viaje se constituye en ontológico para quien lo afronta. Mi caso no es diferente. En este viaje he tenido la posibilidad de experimentar lo que no tiene

nombre ni razón de ser en nuestro universo cultural, pero que en la complejidad del mundo y de sus gentes constituye un cotidiano, naturalizado para ellos, exótico y hasta insólito para mí. Un caso que le puedo mencionar por ahora es Querência. Este es un municipio del estado de Mato Grosso y se ubica al noroeste de la ciudad de Cuiabá en la región denominada Araguaí. Querência fue fundado en un baldío por una cooperativa de trabajadores que decidieron juntar sus ahorros y originar allí un poblado de producción agrícola. La espontaneidad con la que se creó legalmente esta *cidade* es la que me llama la atención, pues es como si presenciara en tiempos terrenales “los orígenes de la familia, la propiedad privada y el Estado” con los que especulaba Engels (1884) e incluso los mismísimos Hobbes y Locke. Querência, que desde 1991 es municipio, contaba hasta el 2006 con 4.060 habitantes y su vocación productiva, desde esa época para acá, es básicamente el monocultivo de soya que vende exclusivamente a los chinos. Esto le ha granjeado a Querência una rápida y creciente prosperidad que sus pobladores pretenden endogámica, pero ya se han acercado peligrosamente inmigrantes del sur del estado amazónico a buscar trabajo. Para Querência, la prosperidad de su nacimiento ha devenido, en su presente, en temor y paranoia colectiva por causa de la crisis migratoria. Parece que ahora ningún ciudadano confía en su vecino, sobre todo si es indígena, negro o pequeño propietario. Mientras en la iglesia y la escuela se siente la ausencia de concurrentes, en las dos tabernas del pueblo aumentan los juerguistas. Dos de las cuatro familias pioneras migraron a Manaos para buscar mejor destino. Los más viejos del pueblo (que en este caso es un decir) ven a Querência amenazada por los inmigrantes (solteros, indígenas y negros), por la creciente parcelación de latifundios, la participación de los recién venidos en las decisiones públicas, la proliferación de credos y la ideología de género. Parece como si Querência fuera, sin quererlo, un experimento sociológico por aceleración

de partículas. A finales del mes de noviembre viajaré para tener mayores detalles del caso. Todo aquello que le cuento es producto de largas conversaciones con Gerda Longsdorff, descendiente de alemanes y quien, junto con su marido, fue una de las cuatro primeras familias fundadoras de la municipalidad.

Pensando en paralelo, recordé que La Pintada vio la luz como municipio en 1997, a partir de un poblado que pertenecía a Valparaíso, si no estoy mal, y se fue engordando por la presencia de colonos desde finales del siglo XIX. La Pintada es, entonces, el municipio más nuevo de Antioquia y, creo, de Colombia (diferente a Gramalote, que les tocó moverlo por inestabilidad del terreno), pero su fundación no se dio en un espacio vacío del mapa o a partir de un baldío (término que alude irremediamente a la nada), sino que se fue dando despacio a partir pobladores que talaron y sembraron en la nada hasta hacerla habitable. No hay comparación pues entre La Pintada y Querência, cosa que refuerza la particularidad novelable de este último (por lo menos para mí).

También pienso que quizás esté sobredimensionando el asunto, y esto de poblar, fundar y pervertir sea más común de lo que yo me imaginé, pero es que la verdad, en mi condición de arrojado al mundo, me tocaron ciertas cosas fijas y bien establecidas, no apenas como proyecto o posibilidad. Quizás fui víctima del impresionismo que es común al peregrino, o de mi ignorancia en ciertas cosas de la vida; o, mejor aún, víctima de un superávit de marco teórico.

Voy a Querência con la idea de conocer el Parque Nacional Indígena de Xingú, que es su frontera vecina por el norte. Tengo la ilusión de retomar el contexto de unas fotografías de la célebre expedición Rondón. Luego le cuento. Y sí, cuando se viaja se vuelve otro.

Un abrazo desde el Centro Geodésico de América del Sur (CGAS).

Noviembre 11 de 2016

Espero que este monólogo epistolar no le sea del todo fastidioso. Escribo, sólo para no morir del tedio gozando con la manera de tejer algunas oraciones, también porque el viaje estimula la palabra. Leímos a Gregorio Hernández de Alba en el 2007 animados precisamente por esa concomitancia entre el viajar y el escribir que vadea la antropología. El asunto me quedó gustando. De mi parte, basta saber que caí a los pies de la literatura de viaje con Cabeza de Vaca. Sé que mayores cumbres literarias se desenredan en situación de viaje, pero fue con el jerezano con quien reconocí la capacidad ontológica tanto del periplo como de la alteridad. Digamos pues que el que viaja tiene mucho por contar y el que se queda tiene mucho por oír, pues con el tiempo la realidad de quien se afina se va achatando por el peso de la costumbre.

8

También le cuento que estoy escribiendo las líneas sugeridas para *Universo Centro*, invitación que le agradezco, pero también me permito escribirle, al margen, estas cartas que son más sueltas y confiadas; mejor dicho, son infidencias de viaje. También le agradezco el leerlas.

Mi privilegio ha sido, no sólo llegar a este país tropical y bipolar, sino recorrerlo. Por ejemplo: el estado de Mato Grosso, cuya capital, sabemos, Cuiabá, cuenta con cuatro escenarios ecosistémicos: Amazonía al norte, Cerrado en el centro sur, Valle de Araguaia en el oriente y Pantanal en el noroccidente. Cada uno de estos ambientes, además de tener flora y fauna distintos, caracteriza gentes peculiares.

El Cerrado es un ambiente de llanura ondulada, extensa como el mar. El paisaje se me antoja desértico, muy rojizo de tierra, con maleza alta y árboles bajos. Las alimañas de por acá, inteligentes, tienen hábitos nocturnos por adaptación al clima, precisamente para huirle al tueste bajo sol. Cuiabá, por ejemplo, es canicular, pero

cien kilómetros más al norte la temperatura es más apacible. La diferencia entre Cuiabá y la zona rural en la región norte de Cerrado es tan sólo de trescientos cincuenta metros altitudinales, lo que baja la sensación térmica unos dos o tres grados. Para muchos, la capital de Mato Grosso es un crematorio debido a la ausencia de árboles y a la contaminación del aire por los autos, situación que ha subido las temperaturas paulatinamente en los últimos ocho o nueve años. La verdad, no creo ninguna de esas explicaciones, pues hace ya ochenta y un años, cuando había más árboles y menos carros, el mismo Lévi-Strauss lamentaba su suerte al deambular por la región “[...] en marcha unánime hacia la calcinación”. Cuiabá y todo el Cerrado son el ante jardín de la paila mocha.

Y justo a 120 kilómetros al norte de Cuiabá, en la mitad del Cerrado (que es como la mitad de la nada), queda el poblado de Bom Jardim, localidad que sólo parece tener existencia cartográfica, pues en terreno solamente vi dos casas, una bomba de gasolina y un restaurante bajo techo de paja: el del Chapulín del Cerrado. El Chapulín es pues nacido y criado en Bom Jardim y, dice, en sus cincuenta y ocho años de vida ha visto crecer y desarrollarse *a cidade de seu coração*: de una casa de paja pasaron a tener dos de material; en una antigua misión evangélica acomodaron una bomba de gasolina; al lado del río Nobres (que cruza la ciudad de norte a sur) hicieron recientemente un caspete para los turistas a modo de vestier.

Según Eliane, esposa del Chapulín y oriunda de esta tierra, en Bom Jardim tienen a la pujanza por valor moral y el progreso material como estandarte. Por eso decidió apoyar la innovación de su marido en la construcción del primer y, hasta ahora, único restaurante de la ciudad. Su clientela consiste en las únicas dos familias vecinas y el administrador de la gasolinera; también se sientan en sus bancas los turistas despistados. En el restaurante sólo se sirven almuerzos y el menú ha variado poco

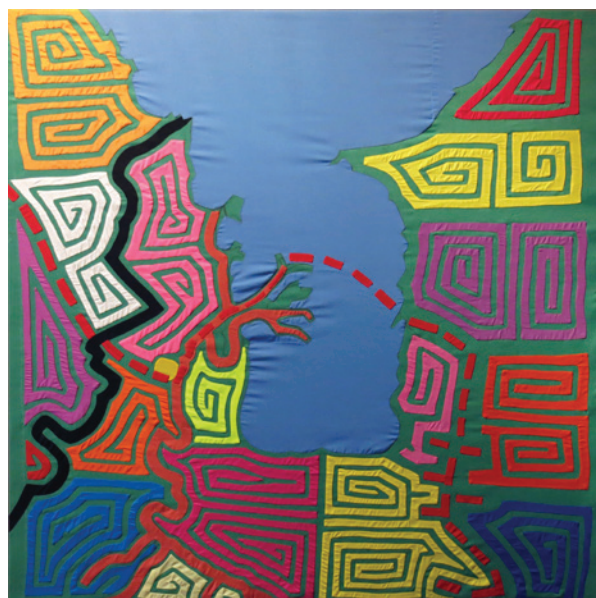
desde que se fundó el ramal hace tres años: arroz, fríjol, *farofa* de banana, carne seca al sol, gallina criolla (en exceso pequeña), cebolla y tomates crudos a modo de ensalada. Pescado apanado se hace sólo el último sábado de cada mes, evento que es casi un festejo patronal en el pueblo.

La precariedad del establecimiento y la rutinaria gastronomía no amaina el interés de las gentes de Bom Jardim por ir al restaurante del “Chapu”, pues, a mi juicio, la virtud del bufé radica más que en cualquier otra cosa, en su conspicuo dueño. Él, ataviado como el Chapulín Colorado, acompaña la yanta con bromas, chistes y cantos de vaquería. Gusté de la escena por encontrarla un tanto extravagante, y me sorprendió que también los comensales locales gozaran de ella, a pesar del peso de la costumbre. Todos en Bom Jardim saben quién es el Chapulín Colorado y que este inspiró a Idoriel Silva su imitación, por parecido físico, pero a pesar del culto a Chespirito que se prodiga en tierras brasileras, en Bom Jardim prefieren la imagen de su propio bufón a la del gamonal azteca.

El Chapulín del Cerrado se parece en alguito al de Televisa. Ambos tienen una cara ovalada a lo alto donde les flanquea una nariz aguileña delgada y unos cachetes a modo de paperas. Los dos, también, a falta de pecas en las mejillas se las pintan. Son de baja estatura y de contextura menuda; quizás el mexicano sea un poco más delgado. Tal vez la diferencia radique en que el traje del Chapulín del Cerrado inexplicablemente sólo le llega hasta las rodillas; yo creo que, por el calor, sería imposible vestir de rojo y amarillo desde la punta de las antenitas hasta el dedo gordo del pie.

El “Chapu” quiere ser *prefeito* (alcalde) de su municipio. Él es conocedor del tedio que aqueja a sus conciudadanos. Si pudiera, votaría por él.

Un abrazo.



Santiago Vélez. *Aquí no se moja nadie - Río Atrato*. Mola tejida por mujeres de la comunidad Tule Kuna. 95 x 95 cm. 2015

18 de noviembre de 2016

Con las “cartas cuiabanas” pensará usted que invierto mi tiempo en aventuras por el territorio brasiler. En circunstancias de viaje, es permitido cierto nivel de riesgo para animar el desarraigo, como también el ejercicio libre de la pluma para mitigar el tedio. Pero no todo es acontecimiento y peripecia. Como usted, también gusto de la vida sin alteraciones extravagantes, y quizás me anima uno que otro sobresalto moderado. Lo narrado en cada carta ha sido, por demás, una serie de verdaderos sucesos, llamativos, pintorescos, nuevos, pero no todo es azaroso y poético.

Digamos pues que mi vida en Brasil no es homologable a la de Hemingway en África, pero tampoco es la misma vida de Ulrich en Kakania. Las cosas han pasado a su ritmo y con cierta austeridad, pero cuando algo extraordinario ocurre, lo he gozado, así venga con algunos peligros.

Por ejemplo: bañarme en el río Paraguay es la cosa más imprudente que he hecho en mi vida. Agrava la situación reconocer que tal

indiscreción fue ejecutada luego de haber visto cómo dos kilómetros río arriba se vertían cántaros de aguas texturizadas color ceniza a su caudal. Esto fue en jurisdicción del municipio de Cáceres, en el centro-oeste del Estado de Mato Grosso, en el ecosistema denominado Pantanal. Fui a dar al sitio por invitación de Dorisvaldo Figueredo, historiador y profesor universitario que tiene una pequeña roza en las vegas del río. En los planes de Figueredo con el río estaba sólo visitarlo para tomar unas fotografías del atardecer, pero cuando vio que mi camiseta estaba extendida en la horqueta de un palo, se limitó a decir: “¡¡¡fique a vontade!!! (para el caso se puede traducir como “usted verá”).

En la mojada, corrí otros peligros involuntariamente; aunque luego, en reposo, enumeré uno a uno los seis o siete riesgos de los que me salvé. Ninguna amenaza corría por cuenta de la fuerza de las aguas, pues esta parte del río es pasmada como el ambiente anegado del Pantanal. Cualquier posibilidad de apuro implicaba alimañas: venenosas rayas de río; ponzoñosas serpientes de agua; jacarés (caimanes) de dos metros que merodean las orillas; se mentó también que la onza pintada (jaguar) gusta de cazar animales pequeños en el río; no menos agradable es el candirú, pececillo minúsculo que gusta de instalarse en la uretra, y, allí, cándido, explayar sus aletas espinosas; había también, en un ramal seco, dos avisperos grandes que no había identificado al principio. Un ímpetu inédito, casi etnográfico, me empujó a lanzarme al agua para experimentarla, quizás con el único objeto de tener algo para contar a mis paisanos en Medellín. Nada bueno dejó semejante pendejada. El agua era caliente y turbia. Duré con el agua al cuello no más de dos minutos. Cuando volvimos a la cabaña de Dorisvaldo tomé un baño bautismal.

El profesor Figueredo es un tipo prudente, y nunca mencionó nada respecto al chapuzón. Él sabe que los extranjeros son seres negligentes que gustan de azuzar el peligro para encontrar

su lugar en el mundo. Lo sabe porque ha reconstruido con rigor de historiador los pormenores de expediciones y viajes que han transitado por el municipio de Cáceres: expedición Roosevelt-Rondón en 1913-1914; Mato Grosso Expedition en 1931; exploraciones de Lévi-Strauss por la zona de Pantanal y del alto río Paraguay en 1933; así como el paso de Antonio Senatore en su viaje etnobotánico hacia la Serra do Roncador en 1937. Era sorprendente escucharlo hablar con un detalle casi familiar de cada uno de estos periplos. A cada viajero le observaba alguna tontería cometida en campo y de ella se burlaba con gracia. Esta sutileza la entendí (aunque callé) como reprobación a mi insensatez.

De la cantidad de viajeros, exploradores y pillos que mencionó Dorisvaldo, uno me quedó sonando: Alexander Solón Daveron. De él se sabe muy poco, a pesar de que fue el único de los viajeros que llegó a Cáceres para quedarse. Fue el médico oficial de la Mato Grosso Expedition (1931), excursión norteamericana que, so pretexto de hacer una película sobre la vida salvaje brasilera, permitió reunir muestras de la legendaria planta *Poaia* (*Psychotria Ipecacuanha*) para ser analizada y sintetizada en laboratorios. La película se filmó con éxito, aunque fue un fracaso en taquilla: *Mato Grosso, the Great Brazilian Wilderness* (<https://www.youtube.com/watch?v=UVRnsKJr2h4>) Por su parte, de la *Poaia* sólo queda el recuerdo en fotografías y dibujos botánicos, pues la matica resultó ser casi milagrosa, y fue barrida de las laderas del río Paraguay.

Algunos dicen que Daveron se quedó en Cáceres para garantizar el negocio de la *Poaia*; otros, como Dorisvaldo, piensan que el gringo (como le llamaban en el poblado de marras) se quedó para gozar de la soltura erótica de los cuerpos tropicales en una posible condición de homosexual, pues no se le conoció mujer alguna, y a su hacienda, que es la más grande de la ciudad, sólo iban muchachos morenos corpulentos que decían ser peones. El profesor

Figueredo y yo coincidimos en que el personaje merece una pesquisa mayor.

En 2014 declararon las ruinas de la hacienda de Daveron patrimonio cultural municipal y, por tanto, es paso obligado para turistas. La otra cosa para ver en el pueblo, según las guías, es el frigorífico de Jacarés, el más grande de Latinoamérica. Para el viajero, ambas opciones son en exceso triviales, pero la segunda es básicamente vulgar. De igual forma, el río sigue siendo una alternativa.

Un abrazo.

Diciembre 11 de 2016

Por obra de la fatalidad se reconoce tarde lo que más complace. Me refiero a las personas y no a las cosas. Cuando se está lejos de los queridos, y quizá envuelto en dificultades, las llamadas telefónicas son insuficientes, y la virtualidad un mero artificio. Enfermar lejos de casa, por ejemplo, aguza la añoranza:

La semana del 21 al 26 de noviembre fue la más caliente que he vivido en cuerpo presente, y una de las más tórridas que ha tenido Cuiabá en los últimos cuatro años. Sufrimos, pues, unos cuarenta y dos grados de temperatura, cinco más que la zona declarada como febril en el termómetro. Cuiabá, ya lo sabe, es como un crematorio, particularidad que hace que la vida no se desarrolle en las calles sino en el interior de locales, donde es posible, bajo sombra, disfrutar del aire acondicionado o, mínimo, de un ventilador ruidoso. Parece que el clima ha llegado a ser peor en años anteriores, pues además de alcanzar los cuarenta y cuatro grados centígrados, el nivel de humedad ha sido inferior al 15 %. Los únicos que encuentran gustoso este clima son los meteorólogos de la NASA, pues, así como en Mojave, es posible hacer experimentos por analogía sobre las posibilidades de la vida en Marte y Venus.

Digamos pues que el calor se encontró por esos días, situación que me ocasionó, en virtud de la falta de costumbre, una reacción corporal (¡¡¡que desdicha!!!) semejante a la combustión. Fiebre de treinta y nueve grados alcancé a tener al mediodía del jueves 24 de noviembre, condición que, además del ambiente que superaba en un grado mi nivel de calentura, pintaban una escena casi dantesca. Cosa rara, pero cuando todo está tan caliente (uno y el ambiente) se ve en tonos rojos y amarillos, como medio luciferino, y siente un sutil olor a chicharrón. Súmele a la fiebre el malestar y la debilidad de un agónico. Amainar tal estado no fue posible, pues realmente estaba más fresco el ambiente entre mi ombligo o mis axilas que bajo la sombra del árbol de cajú que tenemos en nuestro patio. Ni modo, resignación.

Ese jueves dormí desde las 11:00 a. m. hasta las 4:00 p. m. con algunos intervalos de lucidez. Me puse el calzoncillo más pequeño y delgado que tengo, pues no podía desvestirme completamente porque, le cuento, vivo con dos compañeras de viaje. Me tiré en el piso del patio interno, después de regarlo con una manguera. Sobre el piso mojado (no húmedo) puse una sábana. Me acosté sobre la charca y, para mayor frescura, me puse otra sábana mojada encima. Tenía un ventilador soplando de sur a norte y otro de norte a sur. Dos acetaminofenes complementaron esta improvisación terapéutica que de nada sirvió.

Los que me conocen saben que no tengo por primera opción visitar los hospitales. Esa tarde del 24 fue imposible no pensar en la ayuda médica. Moribundo, en la noche, luego de que llegara una de las colegas, le pedí que me llevara al hospital. En el carro de Débora (gran amiga cuiabana + carro) hicimos el paseo de la muerte visitando tres hospitales y un pronto socorro (urgencias). Solamente en el policlínico de Cuiabá recibí atención, junto con dos heridos de bala, cuatro pleiteantes, dos mujeres en embarazo y un niño de abdomen



Santiago Vélez. *Puertas al mar. Estrecho de la Florida*. Fotografía. 77 x 116 cm. 2017

exageradamente abultado. A pesar de otras urgencias, fui atendido en quinto lugar por dos razones:

1. Por el cuadro clínico que presentaba, había una gran probabilidad de tener circulando el virus del zika por mis venas.
2. Porque tenía recién sacado, plastificado, aún brillante y legible, el carnet del SUS.

Por precaución, el padre-profesor y colega del Instituto de Antropología de la Federal de Mato Grosso, Aloir Pacini, luego de llevar dos semanas de clases (de eso hace dos meses), insistió en la inscripción ante el Sistema Único de Salud (SUS), programa de cobertura nacional y gratuito que en el papel funciona a la perfección. “É melhor ter isso que nada; ¡nunca se sabe!!”, decía Aloir. Aquí, como en Colombia, ni el oro paga un buen servicio de salud, sobre todo en nuestras latitudes semialimentadas de malsanas costumbres corporales y de ningún hábito de prevención.

Pocos tienen un carnet de SUS legible, obra de la billetera en fricción constante con la nalga derecha. El carnet del SUS es un papel simple y sin gracia que un funcionario imprime luego de escribir algunos datos en su computador. La gente lo dobla y lo mete en su cartera. El calor y la humedad hacen lo suyo para borrar algunas letras y números importantes. Así pues, en el Policlínico de Cuiabá, mientras confirman los datos del *doente* en un carnet ilegible, la cola se va extendiendo. El consejo de mi madre fue plastificar el carnet del SUS.

En tres horas ya estaba fuera del dispensario. Un examen de sangre descartó el Zika. En dos días tenía la temperatura regulada y el paisaje cambió a verde por las lluvias de principios de diciembre que acá llaman “lluvia del cajú”. Estos chubascos cierran el pico de calor más alto del verano cuiabano. Tal bendición de la troposfera amaina la temperatura y hace brotar en algunos palos un fruto rojizo parecido en forma a una pera, muy aromático y pulposo,

brillante y grasoso de cáscara; maluquito de sabor y pastoso al paladar. El cajú (se lee Cayú) es el goce del cuiabano. Entre nosotros es simplemente un marañón y sólo comemos la nuez que le sirve de sombrero al fruto.

Nunca salgo sin el carnet del SUS. Tampoco como cajú. Prevengo el Zika echándole arena a todo charquito que veo por la casa.

Cosas del trópico.

Un abrazo.

Enero 20 de 2017

Feliz año nuevo. Le robé unas horas a mi tránsito por Río de Janeiro para escribirle una carta cuiabana o, mejor, carioca, y así retomar estas líneas que tal vez tengan poco de interesantes, pero sí mucho de sentidas. No me arrepiento de haberle hurtado tiempo a mi presente en la ciudad del Corcovado para desenfundar unos párrafos, pues la verdad muchas veces encuentro mayor placer en recorrer los paisajes internos y perderme en geografías mentales, que peregrinar por los excesos semióticos del turismo vulgar. Río está lleno de lugares comunes. Incluso me atrevo a decir que desplumé a *Cidade Maravilhosa* de su afamada belleza natural y su misticismo etnográfico en el momento en que llegué por tierra. Quizá si el ingreso a la ciudad hubiese sido por el Santos Dumont o en barco (ambas entradas con vista al mar), la percepción sería otra. Viajar por tierra desde Sao Paulo hasta Río carece de poética (e incluso de antiestética, que es otra forma del sentir), pues las avenidas son vacías, higiénicas, planas, grises y desapasionadas como un domingo por la tarde. No recomiendo, en suma, entrar por tierra a Río, pues en algo mata el deseo.

La *rodoviaria* (estación de buses) queda cerca del Maracanã, otrora templo del balompié,

ahora nido de palomas. Vimos salir del santuario del fútbol a un oportunista con algunos metros de cable de cobre recién cortados. En los alrededores del emblemático estadio abundan plantas de maleza que denuncian su abandono, pues luego del triunfo, por penales, de Brasil sobre Alemania en los Olímpicos de Río 2016, nadie le ha metido mano al estadio, sólo los ladrones. Desde el bus, cinco minutos después de pasar por este desengaño, y ahora en dirección a la playa de Botafogo, vimos el Sambódromo. La estructura del bailarero más grande del mundo la intuimos por el pasillo de medio kilómetro que compone su columna vertebral: todo acontece en su centro. Las gradas se miran de frente separadas por el corredor donde las *garotinhas* bailarían frenéticamente desde el 24 de febrero al 4 de marzo; desde afuera sólo se le ven las costillas de las gradas. Lo demás estaba todo vacío. No le quiero defraudar, y espero que no me vea como un viajero amargado, pero la verdad, por vicio, acostumbro a mirar críticamente los itinerarios turísticos fundados en la reafirmación del exotismo o del lugar común. Intento siempre un viaje más cercano a lo habitual-popular en el cual una aparente empatía émica¹ se dibuje. Digamos que, en mi caso, desmitificar lo turístico me familiariza con el entorno, y tal vez perfila una mirada más honesta: “E eu, menos estrangeiro no lugar que no momento / sigo mais sozinho caminhando contra o vento [...]” Cantaría Caetano Veloso en “O Estrangeiro” de 1989.²

Encontré maquillada la bahía de Guanabara. Con motivo de los Olímpicos, la prefeitura de Río decidió invertir una millonada en la compra de orquídeas tipo *Laelia* para enredar en el tronco de cada uno de los 845.637 árboles de más de ocho metros inventariados en el centro de la ciudad. Actualmente, la mayoría de plantas están sin flor y rumbo a la muerte por agostamiento. Tal desatino ha representado todo un galimatías para el sector público de la ciudad que cerró el 2016 y empezó el 2017

con tres escándalos financieros: Lava Jato, Odebrecht y ahora *Laeliinae Lindl.*

Las playas de Río son de postal, menos la del barrio Botafogo que es una bahía de arena grisácea como las costas de Tolú; algunos yates de cierta pompa reposan en estas aguas espesas. El escenario, visto de lejos y con cierta velocidad, puede ser adecuado para la producción de videos de champeta o, en el mejor de los casos, para pintar al natural escenas náuticas como un impresionista gastado: “¡O pintor Paul Gauguin amou a luz da Baía de Guanabara!”³ continúa Veloso. Parece ser que el alquiler de yates para primeras comuniones y matrimonios es el único lucro posible por estos días en las aguas de Botafogo.

Copacabana e Ipanema son playas de litoral, miran hacia aguas continentales y tienen mayor ventilación. Estas riberas tienen de largo, en promedio, unos 3.2 kilómetros, y de fondo, unos cien metros de una arena blanca y de grano grueso como vidrio de parabrisas. El mar es picado y no da para nadar. Se hace el ridículo si se intenta bañarse en sus aguas, pues al instante se termina dando tumbos sobre la arena. Ambas costas son de surfeo, bronceo, voyerismo y tránsito. En toda su extensión se pavonean conspicuos personajes: bellezas inenarrables, prosaicas figuras, chabacanes *Malibú Style*. La prepotencia es moneda corriente en estas playas. En medio de tanta diversidad, todo parece predecible. Cosas del glamour playero. “¡O compositor Cole Porter adorou as luzes na noite / da Baía de Guanabara!”⁴ entona Caetano.

Al sur de la teatralidad en Copacabana e Ipanema se encuentra Barra de Tijuca, playa de mayor sosiego etnográfico y aguas apacibles. La arena de sus dunas, sin exageración alguna, parecen de azúcar morena. Provoca comerla a manojos. En Barra de Tijuca circulan vendedores ambulantes (venden bikinis, flotadores

para niños, maíz tierno cocido, etc.) y es posible alquilar neumáticos de camión para surcar sus aguas. No sé si fue suerte o es que existe alguna condición atmosférica especial, pero en las tres veces que visité la playa ni una nubecita estorbaba en el cielo; en Copacabana e Ipanema sí; en Botafogo, ni que se diga.

Al Corcovado y al Pan de Azúcar subí. Confieso la misma sensación de vacío que experimenté en la Piedra del Peñol; incluso, ambos monolitos, el Pan de Azúcar y el de Guatapé, en algo se parecen, lo que ventiló cierto aire de familiaridad y cercanía que rápidamente se me pasó. Desde estas cumbres sí que se ve la gloria de la bahía de Guanabara: bloques de roca desnuda que emergen del mar, un contorno de senos morenos y tersos mojados por el atlántico sur. Continúa Caetano Veloso: “O antropólogo Claude Lévi-Strauss detestou a Baía de Guanabara / pareceu-lhe uma boca banguela”.⁵ Desmitificar familiariza, serena la mirada y da a la palabra una presunción de honestidad.

Un abrazo.

Notas

- 1 Emic y etic son términos de las ciencias sociales usados para diferenciar los puntos de vista del nativo y del investigador, respectivamente.
- 2 “El extranjero”, canción de Caetano Veloso. Los versos transcritos traducen: “Y yo, menos extranjero en el lugar que en el momento, / sigo aún más solo caminando contra el viento [...]”.
- 3 “El pintor Paul Gauguin amó la luz de la Bahía de Guanabara”.
- 4 “El compositor Cole Porter adoró las luces en la noche / de la Bahía de Guanabara”.
- 5 El antropólogo Claude Lévi-Strauss detestó la Bahía de Guanabara / le pareció una boca sin dientes”.

Pablo Santamaría Alzate. Antropólogo y profesor en la Fundación Universitaria Bellas Artes.